

Johanna von Grafenstein Gareis, *Nueva España en el Circuncaribe, 1779-1808. Revolución, competencia imperial y vínculos intercoloniales*, México, UNAM. Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, 1997, 390 p. (Serie Nuestra América, 46)

El Circuncaribe es, nos dice la autora, “toda el área que abarca las costas continentales de las cuencas marítimas Golfo-Caribe, así como el arco de las Antillas”. Es un espacio en el que se integran, desde

una perspectiva braudeliana, elementos de larga duración “situados fuera del alcance humano”, como lo son la orografía, el clima, la fauna y la flora, con “elementos históricos” que han construido, desde el arribo de los españoles, “una red de vínculos entre islas y costas del Golfo-Caribe, en función del dominio europeo”. El Circuncaribe es, pues, un “espacio colonial donde interactuaban varias metrópolis europeas”; puede abordarse, por lo tanto, desde dos perspectivas: en un “sentido amplio o multicolonial” en que se valore su función geopolítica y económica durante los tres siglos de colonialismo, y en un “sentido español o restringido” en el que se aprecia el Circuncaribe que sirvió como primer núcleo de dominio y expansión española sobre el Nuevo Mundo, y como espacio militar de defensa estratégica a través de una serie de fortificaciones que constituyeron las “llaves del Nuevo Mundo”, sustentadas desde la Nueva España. El estudio de von Grafenstein se centra especialmente en el periodo que va de 1779 a 1808, cuando se modifican o diluyen los vínculos coloniales establecidos por España, Francia e Inglaterra a partir de dos coyunturas que actúan como “variables determinantes de las transformaciones sufridas por el Circuncaribe en las tres décadas consideradas”: tales coyunturas fueron la guerra de Independencia norteamericana y la revolución haitiana.

El trabajo está dividido en tres partes: I) “El circuncaribe como región” [región geohistórica, zona de plantación tropical y espacio político-estratégico de los imperios coloniales]; II) “El circuncaribe en el período 1779-1792” [guerra de Independencia de Estados Unidos y sus efectos en el Circuncaribe; aprovisionamiento de las posesiones españolas del Circuncaribe durante el conflicto bélico, 1779-1783; el papel de la Nueva España como fuente de recursos del Circuncaribe español durante el periodo de entreguerras, 1784-1792]; y III) “Guerra y revolución en el Caribe (1791-1808)” [Transformaciones de la región por las guerras internacionales, 1793-1815; la influencia de la revolución haitiana en el Circuncaribe; envío de recursos a las posesiones del Caribe, en el periodo de 1791 a 1808].

En la primera parte, la autora trata de demostrar que “es finalmente la historia la que da contenido a las definiciones fundadas en criterios geográficos”. La geografía es “condicionante y trasfondo de otros factores producto de la acción humana”. En el caso del Circuncaribe, por su transformación “en un área de plantación con específicas características económicas y sociales y un papel peculiar

como región geopolítica en el mundo occidental”. Dicha región de estudio, una “experiencia histórica común”, se sobrepone a “la fragmentación geográfica, lingüística y étnica”. Esta experiencia tiene que ver con el régimen de plantación esclavista de la caña de azúcar, algodón, banano, café, cacao, tabaco, añil y jengibre, vigente hasta la abolición de la esclavitud a fines del XIX, cuando en la producción del azúcar se introduce tecnología moderna en Cuba, Puerto Rico y Dominicana. También a fines del XIX, el banano fue la especialización de las costas atlánticas de Guatemala, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Colombia. Adicionalmente a la plantación tropical hubo, entre otras cosas, producción de ganado, madera y extracción de brea. A partir de la cuarta década del XVII inició la plantación azucarera y a fines del mismo siglo las islas del Caribe desplazan la producción brasileña. Entre 1760 y 1791, Santo Domingo fue el más grande productor de azúcar del mundo.

Hubo un comercio triangular entre África, Europa y el Circuncaribe: a las metrópolis se exportaban los bienes tropicales de las islas, las cuales, a su vez, era aprovisionadas con productos europeos y esclavos traídos del continente negro. El comercio de esclavos estuvo controlado por Portugal de 1442 a 1625, luego por Holanda, la mayor parte del siglo XVII, y después de 1650 se lo disputan franceses e ingleses. Más de 14 millones de esclavos pudieron ser extraídos de África para trasladarlos al Nuevo Mundo del siglo XVI al XIX. Hubo pues un comercio legal interimperial al que se sumó el contrabando, sobre todo en la trata de negros. También existió un comercio regional en el que se intercambiaban insumos, alimentos, tafia y metálico. La citada triangulación comercial y los intercambios regionales hicieron de las islas importantes “complejos de producción” que sirvieron para alimentar la industrialización inglesa durante el siglo XVIII.

Holandeses, ingleses y franceses le disputaron a España la posesión y el control de las islas y costas del Circuncaribe. Con frecuencia se impuso la hegemonía inglesa, sobre todo después del dominio de Jamaica y de la guerra de los Siete Años (1756-1763), cuando hasta La Habana fue tomada por Inglaterra. El Circuncaribe, en cuanto dominio español, fue una región anexa a la Nueva España por su dependencia económica y por formar un enorme arco de defensa que incluyó Margarita, Trinidad, Puerto Rico, Santo Domingo y Cuba. En Tierra Firme ese arco se prolongó a la Florida, Luisiana, costas

de Yucatán y de Centroamérica, “hasta Cumaná, en América del Sur”. A través del “sistema de situados”, la Nueva España impulsó el financiamiento de sistemas de defensa (fortificaciones, flotas, fuerzas militares).

La segunda parte del trabajo nos muestra cómo la guerra de Independencia norteamericana provocó un reacomodo en el Circuncaribe. Francia participa en la guerra angloamericana en 1779 y España en 1779. La independencia de Estados Unidos “marcó el declive de las islas británicas como importantes economías de plantación” e Inglaterra sufrió la “pérdida de un mercado vital para sus productos” y el “fin de un abasto regular”. Al mismo tiempo, se amplía la producción en las posesiones francesas y españolas. Desde La Habana se realiza un mayor comercio con los Estados Unidos y de 1779 a 1783, durante el conflicto bélico, La Habana se convirtió en el centro de operaciones de la armada española. De Veracruz fueron enviados a La Habana cuantiosos recursos para contribuir al sostén de un ejército de hasta 20 000 hombres. En esos años difíciles las islas se disputan los recursos, se utilizan presidiarios como mano de obra y el relativo abandono de la Luisiana la empieza a poner en riesgo. En el periodo que va de 1784 a 1792, entre el fin de la guerra angloamericana y la “primera guerra de coalición europea”, la Nueva España sigue enviando importantes recursos al Caribe. Todo se entorpece por la triangulación de las decisiones entre las autoridades coloniales locales, el virrey de Nueva España y Madrid.

La tercera y última parte del trabajo cubre el periodo de 1791 a 1808. Expone cómo se derrumba la presencia francesa en el Caribe por la insurrección esclava en Santo Domingo. Los “grandes” y “pequeños” blancos se dividen entre “realistas” y republicanos, quienes combaten entre sí y la intervención de los negros rebeldes es decisiva para el triunfo de los independentistas. Desde 1793 se declara la libertad general. La Convención de 1794 la confirma y el fin del régimen de esclavitud representó la ruina de la economía colonial. La autora expone el “proyecto louverteriano” que consistió en “mantener a Saint Domingue como colonia francesa, con una producción alta de frutos tropicales, pero administrada autónomamente” y lo contrasta con los propósitos de Napoleón de “crear un imperio colonial americano que descansaría sobre los fundamentos del antiguo régimen: la esclavitud, la trata y el monopolio comercial metropolitano”, sin embargo, Inglaterra se encargó de desbaratar sus sueños

de modo que en 1809 “ninguna isla del Caribe queda en manos de Francia”. Entre 1802 y 1814 las colonias francesas y holandesas, no sólo del Caribe sino también de la India y del Pacífico sur, pasan a manos de Inglaterra. La Luisiana queda finalmente en posesión de los Estados Unidos. La autora nos muestra los efectos de la revolución haitiana en el Caribe: Cuba registró un enorme aumento en la producción de azúcar; los franceses (a veces con sus esclavos negros) salen exiliados a las otras islas del Caribe, a la Luisiana, Venezuela, Nueva Orleáns, Charleston, Norfolk, Filadelfia, Nueva York y probablemente también a Veracruz; la cultura de plantación que llevan los exiliados contribuye a modificar el régimen de vida de las regiones a las que llegan.

La revolución haitiana representó un ejemplo para amos y esclavos del Caribe y de las posesiones de Tierra Firme. Entre los primeros se difundió un gran temor por la posibilidad de que sus plantaciones fueran devastadas por las rebeliones, y los esclavos vieron que era posible el fin de la esclavitud. Importantes líderes de los movimientos independentistas de América hallaron en Haití un refugio, un lugar de aprovisionamiento de armas, hombres, víveres y un modelo de insurrección. Todavía en 1829, dice la autora, Vicente Guerrero trató de organizar una ofensiva conjunta con el gobierno independiente de Haití dirigida contra Cuba, donde se refugiaban muchos de los españoles que escapan de las revueltas del continente. De alguna manera Haití estuvo presente en muchas rebeliones de esclavos y la revolución haitiana fue el resultado de un largo proceso histórico en el que cuenta el “impacto de la revolución francesa en la colonia a través de los plantadores y la gente de color”; “la división del campo de los amos esclavistas entre republicanos y realistas; una “extrema concentración de la mano de obra esclava”; el “desarrollo de importantes figuras dirigentes” y la “fuerza cohesionante del vudú”.

Johana von Grafenstein nos lleva pues, a un minucioso análisis de la relación de Nueva España con el Caribe en el periodo en el que se disuelven las redes coloniales europeas ante las sacudidas de las revoluciones de Estados Unidos y Haití. Su investigación incluye una amplia bibliografía sobre la región y fuentes de la época (cartas, informes, memorias, relatos de viajes, legislaciones, periódicos, etcétera). Al mostrarnos cómo se tejieron y por qué se desarmaron las redes coloniales del poder europeo en el Circuncaribe, la autora nos

proporciona, a pesar de referirse especialmente a tres décadas, un planteamiento de larga duración que contribuye a explicarnos cómo el poderío emergente de los Estados Unidos consolidó su dominio en el Caribe a través de Cuba y Puerto Rico.

MARCELO RAMÍREZ RUIZ